

mirarse en Godofredo. Si Eneas intenta sustraerse á la seducción de una mujer, fija sus ojos en el suelo: *Immota tenebat lumina*; oculta su turbación, y responde con vagas palabras: «Reina, no niego tus bondades; me acordaré de Elisa,» *Meminisse Elisee*.

No es tan irresoluto el lenguaje con que el capitán cristiano rechaza los halagos de Armida: resiste animoso, porque conoce cuan despreciables son los atractivos del mundo, y continúa remontándose al cielo, como el ave saciada, que no desciende á donde la llama un alimento engañoso:

Qual saturo augel, che non si cali
Ove il cibo mostrando altri l'invita.

Si es llegado el momento de combatir, de deliberar, de apaciguar una sedición, Bouillon se muestra en todas partes grande y augusto. Ulises toca á Tersites con su cetro, y detiene á los griegos prontos á reembarcarse: estas costumbres son sencillas y pintorescas. Pero ved á Godofredo, mostrándose solo á un ejército amotinadísimo [que le imputa el asesinato de un héroe. ¡Cuán noble y tierna es la oración de este caudillo, en quien se ve brillar la conciencia de su virtud! ¡Cuánto se revela en su oración la intrepidez del general, que desarmado y con la cabeza desnuda, se presenta á una soldadesca desenfundada!

Un santo y magestuoso denuedo, desconocido á los guerreros de Homero y de Virgilio, anima en el combate al paladín cristiano. Eneas, cubierto con sus armas divinas, y en pie sobre la popa de su galera, que se aproxima á la playa de Rútulo, aparece en heroica actitud. Agamenon, semejante á Júpiter cuando fulmina sus rayos, presenta una imagen llena de grandeza; pero Godofredo no es inferior al padre de los Césares, ni al jefe de los Atridas, en el último canto de la Jerusalén.

El sol acaba de mostrarse: los ejércitos están frente á frente, las banderas se desplazan al viento, y los vistosos plumajes flotan sobre los cascos; los marciales arcos, los arneses, las armas, los colores, el oro y el hierro reflejan los primeros destellos del día. Caballero sobre rápido corcel, Godofredo recorre las filas de su ejército; habla, y su discurso es un modelo de elocuencia guerrera. Su cabeza y su rostro resplandecen con insólito brillo, el ángel de la victoria le cubre invisiblemente con sus alas. Reina en breve un profundo silencio: las legiones se arrodillan y adoran al que derribó á Goliath por la mano de un joven pastor. Suena de improviso la entusiastadora trompeta: los soldados cristianos se levantan, y animados del furor del Dios de los ejércitos, caen como una nube mensajera de muerte sobre los batallones enemigos.

LIBRO TERCERO.

Continuación de la Poesía en sus relaciones con el hombre.—Pasiones.

CAPITULO I.

Que el Cristianismo ha cambiado la índole de las pasiones, al cambiar las bases del vicio y de la virtud.

PASEMOS ya del exámen de los caracteres al estudio de las pasiones. Fácil es conocer que al hablar de los primeros nos ha sido imposible no rozarnos un poco con las segundas; pero nos proponemos tratar de ellas con mas extensión.

Si existiese una religión que se ocupase incesantemente de poner un freno á las pasiones humanas, esta religión aumentaría el juego de las pasiones en el drama y en la epopeya, y sería mas favorable á la pintura de los sentimientos que otra cualquiera institu-

ción religiosa, que no conociendo los ocultos móviles del corazón, no obrase sobre nosotros sino por medio de escenas exteriores. Pues bien: ésta es la gran ventaja que nuestro culto presenta sobre los cultos de la antigüedad: la religión cristiana es un viento celestial que hincha las velas de la virtud, y multiplica en derredor del vicio las benéficas tempestades de la conciencia.

Las bases de la moral han camoiado entre los hombres, á lo menos entre los cristianos, desde la predicación del Evangelio. Entre los antiguos, la humildad, por ejemplo, pasaba por bajeza, y el orgullo por elevación de ánimo; no así entre los cristianos: la soberbia es para ellos el primero de los vicios, y la humildad una de las primeras virtudes. Esta sola diferencia de principios presenta la naturaleza humana bajo un nuevo punto de vista; debemos, por lo tanto, descubrir en las pasiones muchas relaciones de que los antiguos no tenían noción alguna.

Esto sentadó, la raíz del mal es para nosotros la vanidad, y la del bien la caridad; de manera que las pasiones viciosas son siempre un compuesto de orgullo, y las pasiones virtuosas un compuesto de amor.

Haced la conveniente aplicación de este principio, y echareis de ver su exactitud. ¿Por qué las pasiones que se relacionan con el valor son mas hermosas entre los modernos que entre los antiguos? ¿Por qué hemos dado otras proporciones al valor, y transformado en una virtud un impulso brutal? Porque hemos apelado á la virtud cristiana, directamente opuesta á este impulso, esto es, la humildad. De esta mezcla ha nacido la magnanimidad ó la generosidad poética, especie de pasión (porque los caballeros la elevaron á esta categoría), enteramente ignorada de los antiguos.

Uno de nuestros mas dulces sentimientos, y tal vez el único que pertenece absolutamente al alma es la amistad, pues en los demás ejercen alguna intervención los sentidos, ya en su naturaleza, ya en su objeto. ¡Cuánto no ha aumentado el Cristianismo los encantos de esta pasión celestial, al darle por base la caridad! Jesucristo durmió sobre el pecho de Juan; y antes de espirar en la cruz, la amistad le oyó pronunciar estas palabras, dignas de un Dios: *Mater, ecce filius tuus; discipule, ecce mater tua*. «Madre, hé ahí á tu hijo; discípulo, hé ahí á tu madre.»

El Cristianismo, que ha revelado nuestra doble naturaleza y patentizado las contradicciones de nuestro ser; que ha hecho ver la parte sublime y la parte mezquina de nuestro corazón; que á su vez está lleno de contrastes, como nosotros, pues nos presenta á un Hombre-Dios, á un Niño señor de los mundos; al Criador del universo saliendo del seno de una criatura; el Cristianismo, decimos, considerado bajo el aspecto de los contrastes, es por excelencia la religión de la amistad. Este sentimiento se robustece, así por las oposiciones como por las semejanzas. Para que dos hombres sean íntimamente amigos, deben atraerse y rechazarse sin cesar por algún concepto; necesítase que estén dotados de genios de igual fuerza, pero de diferente especie; de opuestas opiniones, pero de principios semejantes; de odios y de amores diferentes, pero de la misma sensibilidad en el fondo; de temperamentos contradictorios, pero de inclinaciones idénticas; en una palabra, de grandes contrastes de carácter y de grandes armonías de corazón.

Este calor con que la caridad vivifica las pasiones virtuosas, les imprime un carácter divino. Entre los antiguos, el porvenir de los sentimientos no llegaba mas allá del sepulcro, en donde naufragaba. Amigos, padres, hermanos y esposos, se separaban á las puertas de la muerte, conociendo que esta separación era eterna: el colmo de la felicidad entre los griegos y los romanos se reducía á mezclar sus cenizas; mas, ¡cuán triste no debía ser una urna que solo encerraba recuerdos! El politeísmo habia establecido al hombre en las desiertas regiones de lo pasado; el Cristianismo le

coloca en los floridos campos de la esperanza. El goce de los sentimientos legítimos en la tierra es la fruición anticipada de las delicias en que un día nos veremos inundados. El principio de nuestras afecciones no reside en este mundo: dos seres que se aman en él, están solo en el camino del cielo, á donde llegarán á la par si la virtud les dirige, de manera que esta vehemente frase de los poetas: *exhalar su alma en la de su amigo*, es literalmente verdadera para dos cristianos. Al despojarse de sus cuerpos, no hacen otra cosa que desasirse de un obstáculo que se oponía á su unión íntima, y sus almas vuelan á confundirse en el seno del Eterno.

No creamos, sin embargo, que al descubrir las bases sobre que descansan las pasiones, el Cristianismo ha robado á la vida sus encantos. No; lejos de marchitar la imaginación, haciéndole tocar y conocer todo, ha esparcido la duda y las sombras sobre las cosas inútiles á nuestros fines; superior en esto á esa imprudente filosofía que se propone profundizar la naturaleza humana y hallar la ciencia de las cosas. No siempre es conveniente arrojar la sonda en los abismos del corazón, pues las verdades que en él se ocultan pertenecen al número de las que reclaman un luz dudosa y el efecto de la perspectiva. Es una imprudencia aplicar á cada paso el compás del juicio á la parte afectiva de nuestro ser, y dar á las pasiones el místico colorido del racionismo. Esta curiosidad conduce paulatinamente á dudar de los rasgos generosos, seca la sensibilidad, y mata, por decirlo así, el alma; los misterios del corazón son como los del antiguo Egipto: el profano que intentaba descubrirlos, sin estar iniciado en ellos por la Religión, era al punto castigado de muerte.

CAPITULO II.

AMOR APASIONADO.

Dido.

Lo que propiamente llamamos amor es un sentimiento del cual la antigüedad ignoró hasta el nombre. Solo en los siglos modernos se ha visto formarse esta mezcla de los sentidos y del alma, esta especie de amor cuya parte moral es la amistad. Al Cristianismo somos deudores de ese sentimiento perfeccionado; él, cuya constante tendencia es depurar el corazón, consiguió imprimir un sello de espiritualismo en la inclinación que menos capaz de él parecía. Hé aquí un nuevo recurso de situaciones poéticas, suministrado por esa religión tan denigrada, á los mismos autores que la deprimen; en multitud de novelas pueden verse las bellezas que se han sacado de esta pasión semi-cristiana. El carácter de Clementina, en Richardson, es por ejemplo, una obra maestra, cuyo modelo no presenta la Grecia. Pero penetremos en este asunto, y antes de hablar del amor campestre, consideremos el amor apasionado.

Este amor no es tan santo como la piedad conyugal, ni tan grandioso como el sentimiento de los pastores; pero, mas intenso que aquel y este, devasta las almas en que reina. No apoyándose en la gravedad del matrimonio, ó sobre la inocencia de las costumbres campestres; no añadiendo ningun otro prestigio al suyo, es en sí mismo su propia ilusión, su propia locura, su propia sustancia. Ignorada del artesano, latoro, ocupado, y del labrador harto sencillo, esta pasión no existe sino en esas clases de la sociedad en que el ocio nos sobrecarga con el peso de nuestro propio corazón, con su inmenso amor propio y sus eternas inquietudes.

Es tan cierto que el Cristianismo proyecta una vivísima claridad en el abismo de nuestras pasiones, que los oradores eclesiásticos son los que han pintado con mas fuerza y energía los desórdenes del corazón hu-

mano. ¡Qué cuadro nos presenta Bourdaloue de la ambición! ¡Cuán bien ha penetrado Masillon en el fondo de nuestras almas, y desenmascarado nuestras inclinaciones y nuestros vicios! «El carácter de esta pasión, dice el elocuente obispo, hablando del amor, es llenar el corazón por entero, etc.; no puede ocuparse sino de él; le domina y embriaga; hállalo por do quiera; todo le reproduce su funesta imagen; todo le recuerda sus injustos deseos; el mundo, la soledad, la presencia, la ausencia, los objetos mas indiferentes, las ocupaciones mas graves, el mismo templo, los altares sagrados y los misterios terribles le traen á la memoria.»

«Es un desierto, dice el mismo orador en la *Pecadora*, amar por sí mismo lo que no puede ser nuestra felicidad, ni nuestra perfección, ni por lo tanto nuestro reposo; porque amar es buscar nuestra felicidad en el objeto amado; es querer hallar en él todo lo que falta á nuestro corazón; es invocar para que llene este vacío horroroso que sentimos dentro de nosotros, y lisonjarnos con la idea de que será capaz de llenarlo; es mirarlo como el recurso de todas nuestras necesidades, como el remedio de todos nuestros males, como la fuente de todos nuestros bienes... Pero este amor á las criaturas tiene por séquito las mas crueles incertidumbres; dudamos siempre de si nuestro amor es debidamente correspondido; somos ingeniosos en hacernos desgraciados, y en crearlos temores, sospechas y zelos; cuanto mayor es nuestra buena fé, tanto mas sufrimos; somos víctimas de nuestra propia desconfianza; pero, harto lo sabeis: no debo venir á este lugar á expresarme en el lenguaje de vuestras insensatas pasiones.»

Esta enfermedad del alma se declara con irresistible ímpetu no bien se presenta el objeto que debe desarrollar su germen. Dido se ocupa aun de los trabajos de su naciente ciudad, cuando la tempestad se desencadena, y trae un héroe. La reina se siente turbada; un *fuego oculto* se inocula en sus venas; empiezan las imprudencias, los placeres las siguen, y en pos llegan el glacial desencanto y los punzantes remordimientos. Dido no tarda en verse abandonada: mira entonces con horror todo cuanto la rodea, y no ve sino abismos. ¿Cómo vino á tierra el edificio de felicidad, de que una imaginación entusiasta fuera el apasionado arquitecto? ¡Palacio de nubes, que momentáneo dorara un sol próximo á su ocaso! Dido vuela, busca, llama á Eneas, y le dice:

Disimulare etiam sperasti? etc.

«¿Pérfido! ¿Esperabas ocultarme tus destinos, y fugarte clandestinamente de esta tierra? ¡Ni nuestro amor, ni esta mano que te he entregado, ni Dido pronta á darse la muerte, pueden detener tus pasos! etc.»

¡Qué perturbación, qué vehemencia, qué verdad brillan en la elocuencia de la vendida reina! Los sentimientos se agolpan de tal modo en su corazón, que los expresa de una manera confusa, incoherente, á intervalos, cual se aglomeran en sus labios. Adviértanse las autoridades que en sus ruegos emplea. ¿Habla en nombre de los dioses, ó en nombre de un cetro? ¡No! ni aun hace valer á *Dido desdenada*; sino que mas humilde, mas enamorada, solo implora al hijo de Venus con sus lágrimas, con la propia mano del fermentido. Si á esto añade el recuerdo del amor, no lo hace sino extendiéndolo sobre Eneas: *Por nuestro himeneo, por nuestra empezada unión*:

Per connubia nostra, per inceptos hymenaeos...

Invoca también los lugares testigos de su felicidad, porque los desgraciados han por costumbre asociar á sus sentimientos los objetos que les rodean; abandonados de los hombres, se afanan en crearse apoyos, animando con sus dolores los seres insensibles. Aquel

techo, aquel hogar hospitalario, donde poco antes acogiera al ingrato, son los verdaderos dioses de Dido. Luego, con esa delicadeza propia de la mujer, y de la mujer apasionada, recuerda alternativamente á Pigmalion y á Yarbás, para despertar, ya la generosidad, ya los celos del héroe troyano. Y apelando á un rasgo postrero de pasión y de infortunio, la altiva reina de Cartago llega hasta desear que un tierno Eneas, *parvulus Eneas*, quede á lo menos á su lado para consolar su dolor, aunque sea en testimonio de su afrenta. La infeliz imagina que tantas lágrimas, tantas imprecaciones y tantos ruegos, serán razones á que Eneas no podrá resistir; en tales momentos de locura, las pasiones, incapaces de abogar con buen éxito por su causa, creen hacer uso de todos sus medios, cuando tan solo hacen oír todos sus acentos.

CAPITULO III.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.

La Fedra de Racine.

PUDIÉRAMOS contentarnos con oponer á Dido la Fedra de Racine, mas apasionada que la reina de Cartago, pues es en efecto una *esposa cristiana*. El temor de las llamas vengadoras y de la eternidad formidable de nuestro infierno, traspasa en el papel de esta criminal mujer, especialmente en la escena de los celos, que, como es sabido, es una invención del poeta. El incesto no era tan raro y monstruoso entre los antiguos, que excitase semejantes zozobras en el corazón del culpable. Es verdad que Sófocles hace morir á Yocasta en el momento en que sabe su falta, pero Eurípides la hace vivir mucho tiempo despues. Si hemos de creer á Tertuliano, los infortunios de Edipo solo excitaban entre los macedonios las chanzonetas de los espectadores. Virgilio no coloca á Fedra en los infiernos, sino solamente en aquellos bosquecillos desiertos, en aquellos *campos de llantos*, *LUGENTES CAMPI*, por donde vagan esos amantes que *ni aun en la muerte se despojan* de sus cuitas:

..... curæ non ipsa in morte relinquunt.

Así la Fedra de Eurípides, como la de Séneca, temen mas á Teseo que al Tártaro. Ni aquella ni esta se producen como la Fedra de Racine:

Moi jalouse! et Thésée est celui que j'implore!
Mon époux est vivant, et moi je brûle encore!
Pour qui? quel est le cœur où prétendent mes vœux?
Chaque mot sur mon front fait dresser mes cheveux.
Mes crimes désormais ont comblé la mesure:
Je respire à la fois l'aise et l'imposture;
Mes homicides mains, prompts à me venger,
Dans la sang innocent brûlent de se plonger.
Misérable! et je vis! et je soutiens la vue
De ce sacré soleil dont je suis descendue!
J'ai pour aïeul le père et le maître des dieux;
Le ciel, tout l'univers est plein de mes aïeux:
Où me cacher? Fuyons dans la nuit infernale.
Mais que dis-je! mon père y tient l'urne fatale;
Le sort, dit-on, l'a mise en ses sévères mains:
Minois juge aux enfers tous les pâles humains.
Ahl! combien frémissait son ombre épouvantée,
Lorsqu'il verra sa fille à ses yeux présentée,
Contrainte d'avouer tant de forfaits divers,
Et des crimes peut-être inconnus aux enfers!
Que diras-tu, mon père, à ce spectacle horrible?
Je crois voir, de ta main tomber l'urne terrible;
Je crois te voir cherchant un supplice nouveau;
Toi-même de ton sang devenir le bourreau.
Pardonne. Un dieu cruel a perdu ta famille:
Reconnais sa vengeance aux fureurs de ta fille.
Hélas! du crime affreux dont la honte me suit,
Jamais mon triste cœur n'a recueilli le fruit.

Este incomparable fragmento presenta una gradación de sentimientos, una ciencia de tristeza, de ago-

nias y arranques del alma, de que nunca tuvieron idea los antiguos. Entre estos se hallan meros bosquejos de sentimientos, por decirlo así, pero pocas veces un sentimiento acabado. Aquí se ve todo el corazón:

C'est Venus tout entiere a sa proie attachée!

y el grito mas enérgico que la pasión ha hecho oír en tiempo alguno, es tal vez este:

Hélas! du crime affreux dont la honte me suit,
Jamais mon triste cœur n'a recueilli le fruit.

Brilla aquí una mezcla de sentidos y de alma, de desesperación y de furor amoroso, que sobrepuja toda expresión. Esta mujer, que se *consolaria con una eternidad de sufrimientos*, si hubiese gozado *un instante de felicidad*; esta mujer que no se halla en el *carácter antiguo*, es la *cristiana réproba*, es la pecadora que ha caído viva en manos de Dios; sus palabras son las palabras del precito.

CAPITULO IV.

CONTINUACION DE LOS ANTERIORES.

Julia d' Etange.—Clementina.

NUESTRA paleta cambia de colores: el amor apasionado y terrible en la Fedra cristiana no hace oír en la *devota* Julia sino meliosos suspiros; es una voz indecisa que sale del santuario de paz, un grito de amor que prolonga, prestándole mas dulzura, el eco religioso de los tabernáculos.

«El país de las quimeras es en este mundo el único digno de ser habitado; y tal es la nada de las cosas humanas, que exceptuando el Ser que existe por sí mismo, solo es hermoso lo que no es.»

»Una secreta languidez se oculta en el fondo de mi corazón: lo siento vacío é hinchado, como en otro tiempo decias del tuyo; el cariño que profeso á lo que amo no basta para llenarlo, pues le sobra una fuerza inútil que no sabe en qué invertir. Este pesar es caprichoso, no lo niego, mas no por ello es menos positivo. Soy demasiado feliz, amigo mio, y la felicidad me hastia.»

»No encontrando, pues, en la tierra cosa alguna que le baste, mi alma busca con avidez en otra parte un objeto que la llene, remontándose al origen del sentimiento y del ser; allí pierde su sequedad y languidez; allí renace y se reanima; allí encuentra un nuevo resorte, y se siente animada de una nueva existencia extraña á las pasiones del cuerpo, ó por mejor decir, que no está en mi misma, sino que reside por entero en el ser inmenso que contempla; y desprendida por un momento, de sus lazos, se consuela, esperando que este ensayo de un estado mas sublime llegará algun dia á ser el suyo.»

»Cuando pienso en todos los beneficios de la Providencia, me avergüenzo de mostrarme sensible á tan ligeros pesares, olvidando tan grandes mercedes.»

»Cuando la tristeza me sigue á mi pesar á él (*á su oratorio*), algunas lágrimas derramadas en presencia de aquel que alivia todos los dolores, tranquilizan mi corazón al instante. Nunca mis reflexiones son amargas, ni dolorosas, y hasta mi arrepentimiento está exento de zozobras, pues mis culpas me inspiran menos temor que vergüenza; tengo pesares, mas no remordimientos.

»El Dios á quien sirvo es un Dios clemente, un padre; lo que me cautiva es su bondad, que hace desaparecer á mis ojos sus demás atributos; su bondad es lo único que concibo. Su poder me admira, su inmen-

sidad me confunde, su justicia... Ha formado al hombre débil, y por esto es clemente sin dejar de ser justo; el Dios de las venganzas es el Dios de los protervos. No puedo temerle por mí, ni implorarlo contra otro. ¡Oh Dios de paz y de bondad! Yo te adoro, porque conozco que soy tu obra; y porque espero hallarte en el Juicio final tal como hablas á mi corazón durante mi vida.»

¡Cuan felizmente se adunan en este cuadro el amor y la Religión! Este estilo, estos sentimientos no tienen modelo en la antigüedad. Preciso seria ser de mente para rechazar un culto que hace salir del corazón acentos tan tiernos, y que por decirlo así, ha añadido nuevas cuerdas al alma.

¿Quereis otro ejemplo de este nuevo lenguaje de las pasiones, desconocido del politeísmo? Pues oid á Clementina; sus palabras son tal vez mas naturales, mas tiernas, y mas sublimemente sencillas que las de Julia:

«Accedo, señor, con todo mi corazón á que mireis con odio, con desprecio y horror á la desventurada Clementina; pero os suplico por el interés de vuestra alma inmortal, que os reconcilieis con la verdadera Iglesia. ¿Qué me respondeis señor? (*siguiendo con su encantador semblante el mio, que mantenía aun vuelto, porque no me hallaba con fuerza para mirarla*). Decidme, señor, que venis en ello; siempre os he creído dotado de corazón recto y sensible; decidme que os rendis á la verdad. No os lo pido por mí, pues ya os he dicho que considero los desprecios como patrimonio mio; no se dirá que os habeis doblegado á las instancias de una mujer; no! solo vuestra conciencia tendrá este honor. No os ocultaré lo que medito respecto de mí misma. Viviré en una paz profunda (*y se levantó con un aire de dignidad aumentado por su espíritu de religión*); y cuando el ángel de la muerte se deje ver le alargaré la mano, y le diré: Acérate, ¡oh ministro de paz! Yo te sigo á las regiones á que anhelo llegar, y allí guardaré un puesto al hombre para quien no lo deseaba poco há; pero á cuyo lado quiero estar eternamente sentada.»

¡Ah! el Cristianismo es un bálsamo para nuestras heridas, cuando las pasiones concitadas en nuestro seno empiezan á aplacarse, ó por el infortunio ó por la duración. Adormece el dolor, fortifica la resolución vacilante y evita las recaídas, combatiendo, en un alma recién curada, el peligroso poder de los recuerdos; nos rodea de paz y de luz, y restablece para nosotros esa armonía de las cosas celestiales que Pitágoras oía en el silencio de sus pasiones. Como promete siempre una recompensa por cada sacrificio, se cree que nada se le cede al cederle todo; como ofrece á cada paso un objeto mas hermoso á nuestros deseos, satisfice la natural inconstancia de nuestros corazones; el alma se halla con su ayuda en el éxtasis de un amor naciente; amor inefable, porque sus misterios son los de la inocencia y la pureza.

CAPITULO V.

CONTINUACION DE LOS ANTERIORES.

Abelardo y Heloisa.

JULIA, atraída á la Religión por medio de infortunios comunes, permanece en el mundo; y precisada á ocultarle su pasión, recurre en secreto á Dios, porque tiene la certidumbre de hallar en este padre indulgente los consuelos que le negarian los hombres. Complácese en confesarse en el tribunal supremo, porque solo él puede absolverla; y tambien, acaso, ¡involuntario resto de debilidad! porque al recurrir á él habla á todas horas de su amor.

Si hallamos tanto placer en revelar nuestras penas á algun hombre superior, á alguna conciencia tran-

quila que nos inspire fortaleza y nos haga partícipes de la calma de que disfruta, ¡cuánta delicia no será hablar de nuestras pasiones al Ser impassible á quien no pueden turbar nuestras confidencias, y de nuestras flaquezas al Ser Omnipotente que puede comunicarnos un poco de su fuerza! Fácil es concebir los éxtasis de esos hombres santos que, retirados á la cumbre de las montañas, ponian toda su vida á los piés de Dios, taladraban á fuerza de amor las bóvedas de la eternidad, y conseguían contemplar la luz primitiva. Julia se acerca sin saberlo á su fin, y las sombras del sepulcro, que empiezan á entreabrirse para ella, permiten brillar á sus ojos un rayo de la Excelencia divina. La voz de esta mujer moribunda es dulce y triste; son los últimos rumores del viento que se retira de los bosques, los postreros murmullos de un mar que abandona sus playas.

La voz de Heloisa es mas enérgica. Esposa de Abelardo, vive, y vive para Dios. Sus desgracias han sido tan imprevistas como terribles. Precipitada del mundo al desierto, ha entrado súbitamente y con todo su fuego en la helada atmósfera de un monasterio. La Religión y el amor ejercen un imperio simultáneo sobre su corazón. La naturaleza rebelde, aprisionada en todo su vigor por la gracia, se debate en vano en brazos del cielo. Dad un Racine por intérprete á Heloisa, y el cuadro de sus sufrimientos borrará mil veces el de los infortunios de Dido, merced al efecto trágico, al lugar de la escena, y á cierto carácter de solemnidad que el Cristianismo imprime á los objetos que reviste con su grandeza:

Hélas! tels sont les lieux ou, captive, enchainée,
Je trains dans les pleurs ma vie infortunée.
Cependant, Abailard, dans cet affreux séjour,
Mon cœur s'enivre encor du poison de l'amour.
Je n'y dois mes vertus qu'à ta funeste absence,
Et je maudis cent fois ma punible innocence.

O funeste ascendant, ô joug impérieux!
Quels sont donc mes devoirs, et qui suis-je en ces lieux?
Perfide! de quel nom veux tu que l'on te nomme?
Toi, l'épouse d'un Dieu, tu brûles pour un homme!
Dieu cruel, prends pitié du trouble où tu me vois,
A mes sens mutinés ose imposer tes lois.

Le pourras-tu? grand Dieu! Mon désespoir, mes larmes,
Contre un cher ennemi te demandent des armes;
Et cependant, livrée à de contraires vœux,
Je crains plus tes bienfaits que l'excès de mes feux.

Es imposible que la antigüedad produjese tal escena, porque no tenía tal Religión. En vano se tomará por heroína á una vestal griega ó romana, pues nunca se establecerá este combate entre la carne y el espíritu, que constituye el interés de la situación de Heloisa, y que solo pertenece al dogma y á la moral del Cristianismo. Recordad que aquí veis reunidas la mas impetuosa de las pasiones, y una religión amenazadora que jamás contemporiza con nuestras viciosas tendencias. Heloisa se abraza de amor, pero en su derredor se elevan muros de hielo; todo se extingue bajo los insensibles mármoles; allí esperan su caída ó su triunfo llamas eternas, ó recompensas sin fin. No hay que esperar transacción alguna, porque el Criador y la criatura no pueden habitar juntos en una misma alma. Dido no pierde sino un amante ingrato; ¡mas ah! Heloisa se siente atormentada de muy diferente sed. Le es indispensable elegir entre Dios y un amante fiel cuya desgracia ha causado; ¡ti crea que podrá consagrarse en secreto á Abelardo la menor parte de su corazón; pues el Dios del Sinai es un Dios zeloso, un Dios que quiere ser amado con preferencia, y que castiga hasta la sombra de un pensamiento, hasta el sueño que se dirige á otro.

Creemos conveniente notar aquí un error de Colardeau, porque participa del espíritu de su siglo, y

puede proyectar alguna claridad sobre el asunto de que tratamos. Su carta de Heloisa tiene cierto matiz filosófico, que no se advierte en el original de Pope. Despues del fragmento citado, se leen estos versos:

Chères sœurs, de mes fers compagnes innocentes,
Sous ces portiques saints, colombes gémissantes,
Vous qui ne connaissez que ces faibles vertus
Que la religion donne... et que je n'ai plus;
Vous qui, dans les largueurs d'un esprit monastique,
Ignorez de l'amour l'empire tyrannique;
Vous enfin qui, n'ayant que Dieu seul pour amant,
Aimez par *habitude*, et non par sentiment,
Que vos cœurs sont heureux, puisqu'ils sont insensibles!
Tous vos jours sont sereins, toutes vos nuits paisibles;
Le cri des passions n'en trouble point le cours.
Ah! qu'Héloïse envie et vos nuits et vos jours!

Estos versos, que por otra parte no carecen de abandono y dulzura, no son del autor inglés. Apenas se descubren en ellos algunos restos de este pasaje, que traducimos literalmente:

« ¡Dichosa la virgen sin mancha que olvida el mundo, y á quien el mundo olvida! La eterna alegría de su alma es saber que todas sus plegarias son escuchadas, todos sus votos cumplidos. El trabajo y el descanso se distribuyen igualmente sus días; su fácil sueño cede sin esfuerzo al llanto y á las vigiliás. Sus deseos son sensatos, y sus gustos siempre uniformes; se consuela con sus lágrimas; y sus suspiros son para el cielo. La gracia difunde en su derredor sus mas tranquilos rayos; los ángeles le *soplan* en silencio los mas deliciosos ensueños. El Esposo prepara para ella el anillo nupcial; las candidas vestales entonan por ella alegres cantos de himeneo; por ella florece la rosa de Edem, que no se marchita, y los serafines esparcen los perfumes de sus alas. Muere en fin al sonido de las harpas celestiales, y se desvanece en las visiones de un día eterno. »

No podemos comprender cómo un poeta ha podido alucinarse hasta el punto de sustituir á esta descripción una vulgaridad acerca de las *languideces monásticas*. ¿Quién no conoce cuán hermosa y dramática es esta oposicion que Pope ha querido establecer entre los pesares y el amor de Heloisa, y la paz y la castidad de la vida religiosa? ¿Quién no conoce cuán agradablemente alivia esta transición el alma combatida por las pasiones, y cuán nuevo precio da luego á los movimientos que renacen de estas mismas pasiones? Si la filosofía es á propósito para algo, no lo será ciertamente para la pintura de las tempestades del corazón, pues ha sido directamente inventada para aplacarlas. Heloisa, filosofando sobre las *débiles* virtudes de la Religion, no habla como la verdad, ni como su siglo, ni como la mujer, ni como el amor: en tales frases solo se ve al poeta, y lo que es aun peor, la edad de los sofismas y de la declamación.

Véase pues como la irreligion destruye la verdad y desfigura los movimientos de la naturaleza. Pope, que florece en mejores tiempos, no incurrió en la falta de Colardeau. Este autor conservaba la buena tradición del siglo de Luis XIV, del cual es una especie de prolongación ó de reflejo el de la reina Ana. Torneemos á las ideas religiosas, si concedemos algun precio á las obras del genio; la Religion es la verdadera filosofía de las bellas-artistas, porque no separa, como la sabiduría humana, la poesia de la moral, y el amor de la virtud.

Por lo demás, pudiéramos hacer otras interesantes observaciones respecto de Heloisa, con relacion al solitario albergue donde ocurre la escena. Aquellos claustros, aquellas bóvedas, aquellos sepulcros y aquellas austeras costumbres, en completo contraste con el amor, deben aumentar su intensidad y su tristeza. Una cosa es consumir rápidamente la vida en una hoguera, como la reina de Cartago, otra es abrazarse con lentitud, como Heloisa, en el altar de la Religion.

Empero, como mas adelante hablaremos de los monasterios con alguna extensión, nos parece oportuno detenernos aquí, para evitar enojosas repeticiones.

CAPITULO VI.

AMOR CAMPESTRE.

El Cíclope y Galatea.

TOMAREMOS por objeto de comparación entre los antiguos, en los amores campestres, el idilio del Cíclope y de Galatea. Este poema es una de las obras maestras de Teócrito, y aunque el de la *Maga* le es quizá superior por la vehemencia de la pasión, es menos pastoril.

El Cíclope, sentado en un peñasco, á orillas del mar de Sicilia, canta en estos términos sus penas, recorriendo con la vista las olas:

« ¡Encantadora Galatea! ¿por qué rechazas los desvelos de un amante, tú, cuyo rostro es tan blanco como la leche que encierran mis cestas de junco; tú, mas tierna que el corderillo, mas voluptuosa que la ternera, mas fresca que el racimo no sazonado aun por los rayos del sol? Tú te deslizas por estas playas, cuando el dulce sueño me aprisiona, huyes cuando el dulce sueño se aleja de mí, y me temes como el cordero teme al lobo encanecido por los años. Yo no he dejado de adorarte desde el día en que viniste con mi madre á despojar la montaña de sus tiernos jacintos; yo te trazaba el camino. Desde aquel momento, despues de aquel momento y aun hoy, me es imposible vivir sin tí. Y no obstante, ¿te curas de mis ansias? En nombre de Júpiter, ¿te curas de mis ansias?... Empero, aunque soy tan horroroso, tengo no obstante mil ovejas cuyas ricas ubres ordeña mi mano, y cuya espumosa leche bebo. El verano, el otoño y el invierno hallan siempre numerosos quesos en mi gruta, y mis redes están siempre llenas de esquisita pesca. Ningun cíclope podría, con mejor título que yo, cantarte en la flauta, ¡oh virgen nueva! Ninguno podría celebrar tus atractivos con tanto arte como yo, durante la noche y las tempestades.

« Alimento por tí once ciervas próximas á dar á luz sus cervatillos. Crio tambien cuatro pequeños osos, robados á sus montaraces madres; ven, que tuyas serán tantas riquezas. Deja que el mar se estrelle iracundo en estas riberas; tus noches serán mas felices, si las pasas á mi lado en mi caverna. Frondosos laureles y altos cipreses murmuran á su entrada, y la negra yedra y la viña cargada de racimos cubren su oscuro interior; no lejos murmura un fresco arroyuelo que el cano Etna derrama de sus nevadas cumbres y de sus laderas cubiertas de pardos bosques. ¿Cómo! ¿Preferirías aun los mares y sus inconstantes olas? Si mi erizado pecho ofende tu vista, tengo robustas encinas, y un agradable fuego oculto en la ceniza; quemá, que todo me será dulce si procede de tu mano, quemá si quieres, hasta mi único ojo, este ojo que tengo en mas que mi vida. ¡Ah! ¿Por qué no me dió mi madre ligeros remos como al pez, para hender las mansas ondas? ¡Oh! ¿Cuán gozoso bogaría hacia mi Galatea! ¿Con cuánto amor besaría su mano, si me negaba sus labios! Si; yo te llevaría ó blancas azucenas, ó tiernas adormideras de purpúras hojas; aquellas crecen en estío, florecen estas en invierno; por esto no podría ofrecértelas al mismo tiempo. »

No de otro modo aplicaba Polifemo á la herida de su corazón el dictamo inmortal de las Musas, aliviando así su vida mas dulcemente que á beneficio de todo lo que se compra á peso de oro.

Este idilio respira amor. El poeta no podía hacer una elección de palabras mas delicadas y armoniosas. El dialecto dórico añade á sus versos un tono de sencillez que no puede conservarse en los modernos idio-

mas. Mediante el juego de multitud de *aa*, y de una pronunciación larga y abierta, se cree sentir la calma de los cuadros de la naturaleza y oír el habla sencilla de un pastor.

Obsérvese la naturalidad de las quejas del Cíclope. Polifemo habla del corazón, y no puede dudarse ni un momento que sus suspiros son la imitación de un poeta. Mas, ¡con cuán apasionada sencillez no hace el desventurado amante la pintura de su fealdad! No hay circunstancia, hasta la del ojo espantoso, de que Teócrito no haya sabido sacar un brillante partido; tan cierta es la observación de Aristóteles, tan bien traducida por ese Despreaux, que tuvo genio á fuerza de tener razon:

D'un pinceau delicat l'artifice agreable
Du plus affreux objet fait un objet aimable.

Sabido es que los modernos, especialmente los franceses, han brillado poco en el género pastoril. No obstante, Bernardino de Saint-Pierre ha excedido, en nuestro concepto, á los bucolistas de Italia y Grecia. Su novela, ó por mejor decir, su poema de *Pablo y Virginia*, pertenece al cierto número de esos libros que adquieren en pocos años bastante antigüedad, para que se pueda citarlos sin temer comprometer el juicio que sobre ellos se emita.

CAPITULO VII.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.

Pablo y Virginia.

El viejo, sentado en la montaña, cuenta la historia de las dos familias desterradas, y refiere los trabajos, los amores y los desvelos de su vida.

« Pablo y Virginia no tenían relojes ni almanaques, ni libros de cronología, historia ó filosofía, por lo cual los periodos de su vida se ajustaban á los de la naturaleza. Conocían las horas del día por la sombra de los árboles; las estaciones por los tiempos en que daban sus flores ó sus frutos, y los años por el número de sus cosechas. Estas dulces imágenes daban el mayor atractivo á sus conversaciones. « Es hora de comer, decía Virginia á su familia, pues las sombras de los bananos están á sus pies; » ó bien: « La noche se acerca, pues los tamarindos cierran sus hojas. — ¿Cuándo vendrás á vernos? le preguntaban algunas amigas de la vecindad. — A las cañas de azúcar, respondía Virginia. — Tu visita nos será aun mas dulce y agradable que ellas, » replicaban las jóvenes. Cuando le preguntaban cuál era su edad y la de Pablo, decía: « Mi hermano tiene la edad del gran cocotero de la fuente, y yo la del mas pequeño. Los plátanos han dado doce veces sus frutos, y los naranjos veinte y cuatro veces sus flores, desde que estoy en el mundo. » Su vida parecia identificada con la de los árboles, como la de los faunos y las driadas. No conocían mas épocas históricas que las que comprendían las vidas de sus madres, ni mas cronología que la de sus jardines, ni mas filosofía que hacer bien á todos y conformarse con la voluntad de Dios. »

Algunas veces decía Pablo á Virginia, al regresar de sus trabajos: « Cuando me siento fatigado, tu vista restaura mis fuerzas. Y cuando, desde la cima del monte te descubro en el fondo de este valle, me parece, en medio de nuestros jardines, un capullo de rosa. »

« Aunque te pierda de vista por entre los árboles, no necesito verte para volver á hallarte; alguna parte de tí misma que no puedo expresar, queda para mí en el aire por donde pasas, y en la yerba donde te sientas. »

« Dime: ¿cuál es el encanto con que has podido cautivar-me? ¿Es por ventura por tu talento? Nuestras madres tienen mas que nosotros. ¿Será por tus carieías?

Ellas me abrazan con mas frecuencia que tú. Creo, pues, que me has encantado con tu bondad. Toma, querida mia, esa rama de limonero en flor, que he cogido en el bosque, para que la coloques durante la noche cerca de tu lecho. Come este panal que he tomado para tí en la punta de un peñasco; pero antes reclina tu cabeza en mi seno, y descansaré. »

Virginia le respondia: « ¡Oh hermano mio! Los rayos del sol, al aparecer sobre esas rocas, me causan menos alegría que tu presencia. »

« ¿Me preguntas por qué me amas? Todos los seres que han crecido juntos se aman. Mira si no, nuestros pajarillos: criados en los mismos nidos, se aman como nosotros, y están siempre juntos como nosotros. Escucha cómo se llaman y se responden de un árbol á otro. Del mismo modo, cuando el eco me hace oír los aires con que resuena tu flauta, yo los repito en este valle. »

« Ruego á Dios todos los días por mi madre, por la tuya, por tí y por nuestros pobres criados; pero cuando pronuncio tu nombre, me parece que mi devoción se aumenta, y pido fervorosamente á Dios que no te acontezca mal alguno. ¿Por qué vas tan lejos y á tanta altura á buscarme frutos y flores? ¿No tenemos bastantes en el jardín? ¡Cuán cansado llegas! ¡Estás bañado de sudor! » Y así diciendo, enjugaba con su blanco pañuelo la frente de Pablo, besándole una y otra vez.

Lo que importa examinar en esta pintura, no es el por qué es superior al cuadro de *Galatea*, (superioridad harto evidente para no ser de todos reconocida), sino el por qué debe su excelencia á la Religion; estudiemos, en una palabra, su sello cristiano.

Es cierto que el encanto de *Pablo y Virginia* consiste en cierta moral melancólica que brilla en la obra, y que pudiera compararse con el uniforme resplandor que la luna derrama sobre una soledad matizada de flores. Cualquiera que haya meditado el Evangelio, debe confesar que sus divinos preceptos tienen precisamente este carácter de tristeza y de ternura. Bernardino de Saint-Pierre, que en sus *Estudios de la naturaleza*, se propone justificar los designios de Dios, y probar la hermosura de la Religion, debió alimentar su espíritu con la lectura de los libros santos. Su égloga es tan interesante porque representa á dos familias cristianas que viven á la vista del Señor, entre su palabra en la Biblia, y sus obras en el desierto. Agréguese á esto la indigencia y esos males del alma cuyo único remedio es la Religion, y tendremos todo el asunto del poema. Los personajes son tan sencillos como el argumento: dos hermosos niños, cuya cuna y sepulcro se ven, dos fieles esclavos y dos piadosas matronas. Aquellas honradas familias tienen un historiador digno de su vida: un respetable anciano que ha permanecido solo en la montaña, y que, habiendo sobrevivido á todo lo que amaba, narra á un viajero los infortunios de sus amigos, sobre los restos de sus cabinas.

Añadamos que estas bucólicas australes están llenas de recuerdos de las Escrituras. En unas se ve á Ruth, en otras á Séfora, en otras el Edem y nuestros primeros padres; estas sagradas reminiscencias envejecen, por decirlo así, las costumbres del cuadro, confundiendo con ellas las del antiguo Oriente. La misa, las preeces, los Sacramentos y las ceremonias de la Iglesia, que el autor menciona á cada paso, aumentan tambien las bellezas religiosas de la obra. El sueño de madama de La Tour está esencialmente enlazado con lo que nuestros dogmas tienen de mas grande y tierno. Reconócese además al cristiano en esos preceptos de resignación á la voluntad de Dios, de obediencia filial, de caridad para con los pobres, y en una palabra, en esa dulce teología que respira el poema de Bernardino de Saint-Pierre. Hay mas: la Religion es la que en

realidad determina la catástrofe, pues Virginia muere por conservar una de las virtudes más recomendadas por el Evangelio. Absurdo hubiera sido hacer morir á una griega, por no querer desnudarse de sus vestidos. Pero la amante de Pablo es una virgen cristiana, y este hecho, ridiculo en creencias menos puras, es sublime en este caso.

Finalmente, este carácter del género pastoril no se asemeja á los idilios de Teócrito, ni á las églogas de Virgilio, ni á las grandes escenas rústicas de Hesiodo, Homero y la Biblia; pero recuerda cierta cosa inefable, como la parábola del *Buen Pastor* echándose de ver que solo un cristiano pudo suspirar los evangélicos amores de Pablo y Virginia.

Tal vez se nos objete que no es el encanto tomado de los libros santos lo que da á Bernardino de Saint-Pierre la superioridad sobre Teócrito, sino su talento para pintar la naturaleza. A esto responderemos que este talento, ó á lo menos su desarrollo, es debido al Cristianismo; porque él, desterrando las pequeñas divinidades de los bosques y de las aguas, ha devuelto al poeta la libertad de representar los desiertos en su magestad primitiva. Intentaremos probar nuestro aserto cuando tratemos de la mitología; continuemos ahora nuestro exámen de las pasiones.

CAPITULO VIII.

La religion cristiana, considerada como pasion.

La religion cristiana no se limita á aumentar el juego de las pasiones en el drama y en la epopeya, sino que es tambien una especie de pasion, que recibe sus arranques, su fuego, sus suspiros, sus alegrías, sus lágrimas y sus amores, del mundo y del desierto. Sabemos que el siglo llama á esto *fanatismo*; pero pudieramos responderle con estas palabras de Rousseau: «El fanatismo, aunque sanguinario y cruel, es no obstante, una pasion grande y poderosa, que eleva el corazon humano, y le hace despreciar la muerte, que le imprime una accion prodigiosa, y que solo se necesita dirigir para haceria producir las mas sublimes virtudes, al paso que la irreligion, y en general el espíritu razonador y filosófico, inspiran apego á la vida, afeminan, envilecen las almas, concentran todas las pasiones en la baja del interés individual, en la abyeccion del yo humano, y minan de estemodo en silencio los verdaderos cimientos de toda sociedad; porque lo que los intereses particulares tienen de comun es tan insignificante, que jamás equilibrará lo que tienen de hostil.»

Pero no es esta la cuestion: no se trata ahora sino de los efectos dramáticos. Pues bien: el Cristianismo, considerado como pasion, proporciona tesoros inmensos al poeta. Esta pasion religiosa es tanto mas enérgica cuanto que se halla en contradiccion con todas las demás; para que exista es preciso que las devore. A semejanza de todos los grandes afectos, tiene cierto sello de gravedad y tristeza; nos lleva á la sombra de los claustros y á las montañas. La hermosura que el cristiano adora no es una hermosura perecedera, sino esa eterna perfeccion por cuyo goce se apresuraban los discípulos de Platon á dejar la tierra. No se muestra á los que la aman sino cubierta con un velo, pues se envuelve en los pliegues del universo como en un manto; que si una sola de sus miradas cayese directamente sobre el corazon del hombre, no podría sostenerla, y espiraría de delicias.

Para llegar al goce de esta hermosura suprema, los cristianos toman un camino diferente del de los filósofos de Atenas: permanecen en este mundo, á fin de multiplicar los sacrificios y de hacerse mas dignos del objeto de sus deseos, mediante una larga purificacion.

Todo el que, segun la frase de los Padres, tuvo con su cuerpo el menor comercio posible, y bajó virgen al

sepulcro, libre de sus temores y dudas, vuela al *lugar de vida*, donde contempla durante una eternidad lo que es verdadero, inalterable, y superior á la opinion. ¡Cuántos mártires no ha hecho esta esperanza de poseer á Dios! ¿Qué soledad no ha oido los suspiros de esos rivales que se disputaban el objeto de las adoraciones de los serafines y los ángeles? Aquí vemos á un Antonio que erige un altar en el desierto, y que durante cuarenta años se inmola, ignorado de los hombres; allí á un San Gerónimo, que abandona á Roma, atraviesa los mares, y va, como Elias, á buscar un retiro en las orillas del Jordan. El infierno que no le deja tranquilo, le presenta la imágen de Roma con todos sus encantos para atormentarle; mas él resiste tan rudos asaltos, y combate cuerpo á cuerpo con sus pasiones. Son sus armas las lágrimas, los ayunos, el estudio, la penitencia, y especialmente el amor; precipitase á los piés de la Hermosura divina, y le suplica acuda en su auxilio. Algunas veces abruma sus hombros con pesadas cargas, para domar su carne rebelde, y apagar en los sudores los culpables deseos que asedian á la criatura.

Masillon exclama, al pintar este amor: «Solo el Señor le parece bueno, verdadero, fiel, constante en sus promesas, amable en su indulgencia, magnifico en sus dones, real en su ternura, clemente aun en su cólera; el único bastante grande para llevar toda la inmensidad de nuestros corazones; el único bastante poderoso para satisfacer todos sus deseos; el único bastante generoso para dulcificar todas sus amarguras; el único inmortal, á quien podrá amarse eternamente; por último, el único á quien nos duele haber amado demasiado tarde.»

El autor de la *Imitacion de Jesucristo* recopiló de San Agustin y de otros Padres todo lo que en el lenguaje del amor divino puede considerarse como mas místico y fervoroso.

«Ciertamente, el amor es gran cosa, el amor es un bien admirable, pues solo él hace ligero lo que es pesado, y sufre con inalterable tranquilidad los varios accidentes de esta vida; sufre sin pena lo que es penoso, y hace dulce y agradable lo que es amargo.»

»El amor de Dios es generoso, impulsa las almas á grandes hechos, y las excita á desear lo mas perfecto.

»El amor aspira á la elevacion, y no sufre verse encadenado por cosas mezquinas.

»El amor quiere ser libre y ajeno á las afecciones terrenas, por temor de que su luz interior se extinga ú oscurezca al soplo de los bienes ó los males del mundo.

»Nada hay en el cielo ni en la tierra mas dulce ó mas poderoso, ó mas alto, ó mas extenso, ó mejor que el amor, porque el amor procede de Dios, y elevándose sobre todas las criaturas, no puede descansar sino en Dios.

»El que ama está siempre rodeado de alegría; corre, vuela, es libre, y nada le detiene; da todo por todos, y posee todo en todos, porque descansa en ese bien único y supremo que es superior á todo, y del que se derivan y proceden todos los bienes.

»No se detiene en los favores que se le hacen, sino que se eleva con todo su corazon hácia el que se los dispensa.

»Solo el que ama puede comprender los gritos del amor, y esas palabras de fuego que un alma vivamente llena de Dios, le dirige cuando dice: «Tú eres mi Dios, tú eres mi amor, tú eres todo mio, y yo soy toda tuya.»

»Escucha mi corazon, para que te ame mas, y para que conozca por medio de un deleite interior y espiritual cuán dulce es amarte, nadar y perderse, por decirlo así, en el océano de tu amor.

»El que ama generosamente, añade el autor de la *Imitacion*, se mantiene firme en las tentaciones, y

no se deja sorprender por las insidiosas persuasiones de su enemigo.»

Esta pasion cristiana, esa lid eterna entre los amores del cielo y los de la tierra, han sido pintados en la siguiente escena del *Polieuctes* de Corneille, pues este eminente varon, menos descontentadizo que los genios del dia, no juzgó el Cristianismo inferior al suyo:

POLYEUCTE.

Si mourir pour son prince est un illustre sort,
Quand on meurt pour son Dieu, quelle sera la mort!

PAULINE.

Quel Dieu?

POLYEUCTE.

Tout beau, Pauline, il entend vos paroles;
Et ce n'est pas un Dieu comme vos dieux frivoles,
Insensibles et sourds, impuissants, mutilés,
De bois, de marbre ou d'or, comme vous le voulez;
C'est le Dieu des chrétiens, c'est le mien, c'est le vôtre:
Et la terre et le ciel n'en connaissent point d'autre.

PAULINE.

Adorez-le dans l'âme, et n'en témoignez rien.

POLYEUCTE.

Que je sois tout ensemble idolatre et chrétien:

PAULINE.

Ne feignez qu'un moment, laissez partir Sévere,
Et donnez lieu d'agir aux bontés de mon pere.

POLYEUCTE.

Les bontés de mon Dieu sont bien plus à chérir.
Il m'ôte des dangers que j'aurais pu courir;
Et sans me laisser lieu de tourner en arrière;
Sa faveur me couronne entrant dans la carrière;
Du premier coup de vent il me conduit au port,
Et, sortant du baptême, il m'envoie à la mort.
Si vous pouviez comprendre et le peu qu'est la vie,
Et de quelles douceurs cette mort est suivie!

Seigneur, de vos bontés il faut que je l'obtienne,
Elle a trop de vertu pour n'être pas chrétienne;
Avec trop de mérite il vous plut la former
Pour ne vous pas connaître et ne vous pas aimer,
Pour vivre des enfers esclave infortunée,
Et sous leur triste joug mourir comme elle est née!

PAULINE.

Que dis-tu, malheureux! qu'oses-tu souhaiter?

POLYEUCTE.

Ce que de tout mon sang je voudrais acheter.

PAULINE.

Que plutôt!...

POLYEUCTE.

C'est en vain qu'on se met en défense;
Ce Dieu touche les cœurs lorsque moins on y pense.
Ce bienheureux moment n'est pas encore venu;
Il viendra; mais le temps ne m'en est pas connu.

PAULINE.

Quittez cette chimère, et m'aimez.

POLYEUCTE.

Je vous aime

Beaucoup moins que mon Dieu, mais bien plus que moi-même.

PAULINE.

Au nom de cet amour, ne m'abandonnez pas.

POLYEUCTE.

Au nom de cet amour, daignez suivre mes pas.

PAULINE.

C'est peu de me quitter, tu veux donc me séduire?

POLYEUCTE.

C'est peu d'aller au ciel, je veux vous y conduire.

PAULINE.

Imaginations!

POLYEUCTE.

Célestes vérités!

PAULINE.

Etrange aveuglement!

POLYEUCTE.

Eternelles clartés!

PAULINE.

Tu préfères la mort à l'amour de Pauline!

POLYEUCTE.

Vous préférez le monde à la bonté divine, etc., etc.

Examinense estos admirables diálogos, á estilo de Corneille, en donde la franqueza de las réplicas, la rapidez del giro y la elevacion de los sentimientos embellean siempre al espectador. ¡Cuán sublime es Polieuctes en esta escena! ¡Qué grandeza de alma, qué divino entusiasmo, qué dignidad ostenta! La mesura y la nobleza del carácter cristiano se dejan ver hasta en esos *vos*, opuestos al *tú* de la hija de Félix; esto solo interpone todo un mundo entre el mártir Polieuctes y la pagana Paulina.

En fin, Corneille desplegó el poder de la pasion cristiana en este *diálogo admirable y siempre aplaudido*, segun dice Voltaire.

Félix propone á Polieuctes que sacrifique á los falsos dioses; pero el héroe se niega á ello:

FÉLIX.

Enfin ma bonté cède à ma juste fureur:
Adorez-les, ou meurs.

POLYEUCTE.

Je suis chrétien.

FÉLIX.

Impie!

Adorez-les, te dis-je, ou renonce à la vie.

POLYEUCTE.

Je suis chrétien.

FÉLIX.

Tu l'es? O cœur trop obstiné!
Soldats, exécutez l'ordre que j'ai donné.

PAULINE.

Où le conduisez-vous?

FÉLIX.

A la mort.

POLYEUCTE.

A la glorie.

Estas palabras *soy cristiano*, dos veces repetidas, igualan á las mas hermosas de los *Horacios*. Corneille, que tan á fondo conocia el género sublime, advirtió que el amor á la Religion podia elevarse al mas alto grado de entusiasmo, pues el cristiano ama á Dios como la suprema hermosura, y al cielo como su patria.

Inténtese dar á un idólatra alguna parte del fervor de Polieuctes. ¿Se apasionará por una diosa impúdica, ó correrá á la muerte por un dios abominable? Las religiones que pueden imprimir calor á las almas, son aquellas que se acercan mas ó menos al dogma de la unidad de Dios; de otro modo, el corazon y el espíritu, repartidos entre multitud de divinidades, no pueden amar con pasion ni á unas ni á otras. No puede por lo demás, existir un amor verdadero, sino tiene por objeto la virtud, pues la pasion dominante del hombre será siempre la verdad; así es que cuando ama el error, es porque este error es considerado por él como una verdad, en el momento en que lo abraza. No amamos la mentira, aunque incurramos sin cesar en ella; esta debilidad reconoce como causa nuestra degeneracion original: hemos perdido el poder, si bien conservamos el deseo, y nuestro corazon busca aun la luz que nuestros ojos no tienen ya fuerza para sufrir.

La religion cristiana, al abrirnos, mediante los méritos del Hijo del Hombre, los luminosos caminos que la muerte habia cubierto con sus sombras, nos ha devuelto nuestros primitivos amores. Heredero de las bendiciones de Jacob, el cristiano anhela entrar en esa Sion celestial, á donde vuelan sus suspiros. Esta es la